

**TERCER CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES**  
**“Paraules d’Adriana”**  
**GUANYADORA CATEGORIA SANT ADRIÀ DE BESÒS.2001**  
**AUTORA: ELENA MAYORDOMO RUBIO**

**LA BÚSQUEDA DEL OLVIDO**

*Su mirada recorre el mar de pinos lentamente. Por un instante le parecen de fuego verde, con su propia vida y su propia respiración. El monte es un incendio verde a la luz del sol de mediodía. Más allá quedan las tierras ya sin labrar. Luego, lentamente vuelve a instalársele la angustia, la melancolía, allí en su pecho. Una y otra vez recuerda aquella promesa en su mente "no te olvidaremos, no te dejaremos solo no te abandonaremos". Esas palabras queman como hielo sus oídos, sus labios, su alma. La tierra está húmeda, acogedora. Mala cosa la soledad. Acaricia lentamente los nomeolvides que alguien plantó y que crecen a su alrededor, meciéndose al compás del viento. Un viento seco, frío, cortante. Como su soledad. Vuelve a recorrer con su mirada las verdes montañas, las escarpadas rocas. El papel castigado por la lluvia y el viento sigue mostrando aquellas palabras que nunca pudo descifrar. Ojalá hubiese aprendido a leer. Siente la tierra húmeda sobre la palma de su mano. Cierra el puño y aprieta, como queriendo exprimirla, extraer de ella hasta la última gota de su vida. Pero no puede. Suspira. Es hora de volver a casa, pero sus pies siguen anclados en la tierra helada que le rodea. El viento sigue susurrando frío, "no me olvides". La tierra está húmeda y seca.*

Estaba ya demasiado borracho para seguir una conversación. Alrededor, sus amigos gritaban algo, intentado esforzarse por elevar sus voces sobre el ruido y las risas ajenas. Otro sábado noche más de borrachera. A su lado, Marina reía a carcajadas. Pasó por su cabeza un instante de lucidez que convirtió su sonrisa estúpida en una mueca y, por un momento, sintió el peso de la maldición que recaía sobre su familia y que él heredó por convicción propia, aún a sabiendas de que no tenía elección. Mucho tiempo buscando, esperando encontrar una esperanza, un indicio de que estaba vivo en algún lugar, Demasiados años para ignorar una realidad

que sin embargo todos asumían, habían dejado en su familia el hábito de la búsqueda, una sensación de pérdida continua que fue contagiando a todos ellos. Era como un desamparo que se les instalaba por dentro, como si hubiesen traicionado al hombre de la fotografía color sepia, como si en algún lugar del camino no hubiesen sido capaces de descifrar los indicios que él fue dejando. Solo una promesa hecha por su abuela, "no te olvidaremos, no te dejaremos solo, no te abandonaremos". Cuarenta años después, el dolor heredado empañaba los ojos del joven borracho durante ese instante de lucidez; un momento después, sus ojos volvían a reflejar los vapores del alcohol.

En la barra una joven de negro juega a dibujar estrellas en el cenicero, la mirada perdida y los ojos cansados. Pálida y con ojeras ya a las 5 de la mañana, espera a que vuelva su amiga. Como cada vez que se siente así, le viene a la cabeza el muerto sin memoria, solo y abandonado en lo alto del cerro; sonrío porque acaba de pensar si tendrá frío, - que estupidez -, y recuerda la pena que sintió la primera vez que pisó la tierra en la que él reposaba, con el tiro de gracia en la nuca que aseguró la impunidad de los guardias. Se pregunta si debió hablar, aunque es probable que no lo hiciera, sus compañeros de partida no cayeron hasta mucho más tarde, cuando otro cantó en un cuartel del Albacete. Recuerda los versos del poeta, "que solos se quedan los muertos" y piensa que aquel de quién tan sólo se conoce el apodo que le daban sus compañeros ha de ser el muerto más triste y solitario, sin nombre ni pasado.

El borracho ha conseguido llegar hasta la barra. A su lado una joven de negro dibuja soles y estrellas con su cigarro en el cenicero. Levanta la cabeza y le mira. Es en ese instante cuando él la reconoce, ella es la Muerte. La joven de negro sonrío con hastío. No tiene nada mejor que hacer mientras espera que vuelva su amiga y decide seguirle la corriente al chico que comienza a preguntarle incoherencias, diciéndole que hace tiempo que necesitaba hablar con ella, como si ella le conociera de algo. Y él empieza a hablar. A medida que sus palabras comienzan a tomar vida siente como si algo dentro de ella empezase a removerse, como si de pronto todo aquello fuesen fragmentos de su propia historia reflejados en un espejo astillado. El convencimiento de aquel hombre, su fuerza, como dejó mujer e hijos para defender en el frente su libertad y la de todos, como perdió una guerra pero no quiso perder la esperanza, como se echó al monte con sus compañeros. Durante los cinco años siguientes apenas si

tuvieron noticias de él en tres o cuatro ocasiones y sólo una vez su mujer consiguió verle, tan enjuto y esquivo que al principio pensó que no era su marido. Antes de marchar le suplicó una promesa “no me abandonéis, no me olvidéis, no me dejéis solo”. Mientras asentía, su mujer sólo podía ya pensar que su hombre tenía ojos de lobo acosado, y que la soledad y el miedo se le habían instalado ya en los huesos. Esa misma noche supo que debería llorarlo ya por muerto, pero se negó a abandonarlo, tal y como le prometió. El joven borracho le contó también de las continuas amenazas, las palizas, el miedo, el aislamiento al que sería sometida su abuela y sus tres hijos. Ella tuvo que ocupar el lugar del marido en los campos que ya nadie podía ayudarles a labrar, segó y cargó gavillas. Ella negociaba el precio de las pocas ovejas que iban manteniendo, mientras remendaban una y otra vez la ropa vieja. La leña que ella cortaba se consumía lentamente en la lumbre, con la mirada clavada de sus hijos abrazados y muertos de miedo, aquellas largas tardes en que los guardias se la llevaban para “interrogatorios rutinarios”. De ellos volvía dolorida y magullada, mientras los pequeños la miraban sin atreverse a preguntar.

Poco a poco, el silencio sobre el padre fue imponiéndose en la casa. En algún momento llegaron a desear que estuviera muerto para que los registros a media noche desaparecieran, sintiéndose luego sucios y culpables. Luego la herida fue poco a poco cicatrizando. El tiempo fue desdibujando el recuerdo de aquella voz y el corazón fue encalleciéndose al tiempo que las manos.

Los años iban pasando para todos, los maquis fueron cayendo y nadie pudo dar noticias de aquel hombre. Con años llegó una relativa calma y parecía que todos empezaban a olvidar que eran la familia del apestado. Por fin llegó el olvido que tantos años ansiaron. Fue entonces cuando la abuela se negó a olvidar; si no podían devolverle a su marido que le dieran al menos sus restos o un trozo de tierra donde llorarle. Quiso recuperar al hombre, al marido, al padre. Quiso recuperar la historia de la familia, por ella misma, por sus hijos, por todas las humillaciones, por tanto dolor y tanto olvido, por una promesa, porque él era una parte de todos ellos que les habían arrancado.

La joven de negro no puede desviar la mirada de aquellos ojos de lobo, mientras su respiración se acompasa con el ritmo del relato. En su cabeza se agolpan imágenes

de su propia niñez, el olor a pinos y a tierra húmeda y a espliego y a tomillo y a romero. La voz de su propio abuelo mientras le indica el lugar. Su asombro de niña cuando el abuelo le explica que, cuando él tenía su edad, los guardias lo utilizaron a él y a otro pastor – también un niño – como señuelos “para localizar una partida de bandoleros” les dijeron. “Que íbamos a saber de todo aquello nosotros entonces, nos creíamos lo que nos contaban. Nadie iba a sospechar de dos mocoso que cuidan su rebaño. Llegamos hasta la tinada en la estaban escondidos. Los hombres que la ocupaban estaban alerta, pero no debimos parecerles peligrosos. Nos pidieron algo de comida. Yo le di mi hogaza de pan a un hombre delgado. Lo que más me impresionó fueron sus ojos, eran como los de un lobo. Al coger el pan levantó la mano y de un manotazo me despeinó suavemente el pelo. *“Mi chico mayor debe andar por tu edad. ¿Vas a la escuela? Eso está bien, aunque sea sólo algunos días por las noches, los pobres también deberíamos tener derecho a saber qué pone en los papeles”*. Después partió la hogaza y dio la mitad a uno de sus compañeros. Salimos de allí temblorosos. Los guardias nos esperaban tras la loma. Nos preguntaron cuantos eran, cuantas armas tenían. Luego nos ordenaron que nos fuésemos a casa, pero nosotros cerramos el ganado en un corralón y volvimos corriendo. Lo vimos todo escondidos en lo alto del cerro. Los guardias rodearon el refugio y se inició un fuerte tiroteo. Los maquis poco tenían ya que perder, así que se la jugaron intentando la huida. Dos de ellos consiguieron huir. Otro, identificado más tarde como un enlace, se rindió ante la imposibilidad de salir con vida. Creo que se lo llevaron a Albacete. El hombre moreno con los ojos de lobo fue capturado malherido. Lo interrogaron allí mismo, pero no debía interesarles demasiado porque tras unos golpes lo remataron. Después cavaron un agujero y lo enterraron allí mismo, en el cerro”, le explicó el abuelo.

Muchos años después de aquella conversación, tras la muerte de su abuelo, ella regresó llevando semillas de nomeolvides que plantó junto a su tumba, en el viejo cementerio. Después, sin saber muy bien porqué, se encaminó hacia el cerro con unas cuantas semillas y un puñado de tierra arenosa, cálida del camposanto. Las plantó allí, mientras contemplaba la salvaje belleza de aquellos pinares, orgullosos como un incendio verde bajo un cielo azul intenso. A pesar del frío, las plantitas aguantaron invierno tras invierno en aquel trozo de tierra que hace años, - desde que se pudo hacerlo, decía el abuelo – estaba señalado con una cruz que hizo él mismo con sus propias manos. A modo de epitafio clavó tiempo después una hoja con las siguientes

palabras: *“El peor destierro es del mundo de los recuerdos. El paraíso más envenenado es el de los sueños. El muerto demás triste y solo es el anónimo. Seguimos si olvidar tu recuerdo sin memoria...”*

La presión de una mano sobre su hombro hace volver a la joven de negro a la realidad del oscuro bar de copas. Años hace que lo buscamos. Muerte, necesitamos un poco de paz, la que a él le negaron, por favor, grita ahora el borracho, intenta sujetarla por los hombros, la zarandea, y ella comienza a gritar que está muerto y enterrado, solo, como un perro en lo alto del cerro, y quiere decir más pero no puede, porque llora por su soledad y la de su nieto, por el desamparo de aquel hombre acosado por el hambre, el olvido, la desesperanza y el frío, asesinado por unos guardias que utilizaron a pastores de once años para tenderles la trampa que le llevaría a la muerte, llora y no puede decir nada más, porque los amigos del chico lo sujetan, y gritan si se ha vuelto loco, y él llora con llanto de borracho que mañana no recordará nada, y lo sacan del bar y lo meten en un coche y se alejan, mientras la joven de negro llora, mientras su amiga, asustada, la consuela sin saber que llora por la soledad de alguien que murió hace más de cuarenta años y por las incertezas de si volverá a ver a aquel que lo busca.